

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

Año VI - T° VI - N° 122

Administración: Cristóbal Bordúa, I. Madrid

15 de Julio de 1903

CRONICA CIENTÍFICA

Memorable conferencia de sir Olivier Lodge: concepción moderna de la materia; átomos y electrones; supuestas anomalías del radium.—Auto-hipnotismo.—Vacuna de los árboles frutales.

Los admirables progresos realizados en el dominio de las ciencias físicas durante los últimos años y principalmente los recientes descubrimientos sobre la radiografía, han demostrado que las teorías universalmente admitidas hasta el día resultaban impotentes para explicar ciertos hechos científicos; ejemplo, los establecidos en el curso de las investigaciones de los sabios contemporáneos sobre la radiografía, y, como es consiguiente, los hombres de ciencia del mundo entero, buscan con afán la solución de esas dificultades procurando establecer nuevas teorías, cuyo intento, hoy respetable, hubiera parecido años atrás una herejía científica.

Entre las teorías actualmente desechadas, se halla la de Dalton; el átomo ha dejado de ser la última división de la materia, sustituyéndole el electrón, cuyas dimensiones, relativamente á las del átomo, son como las de un insecto apenas visible comparado con un elefante.

La Universidad de Oxford recibió hace años un legado destinado á la fundación de una conferencia anual, y cada año uno de los hombres más distinguidos de Inglaterra ocupa la cátedra. El titular en el presente ha sido sir Oliver Lodge, rector de la Universidad de Birmingham, quien ha desarrollado el tema «Concepción moderna de la materia», de cuyo discurso procuraré hacer un extracto.

La primera tesis tratada por el ilustre conferenciante, que considera como incontestable, consiste en que una carga eléctrica posee la inercia, esa propiedad tan característica de los cuerpos, propiedad que permite á la materia conservar uniformemente un impulso adquirido si no se halla dificultado por influencias exteriores; es decir, un cuerpo permanece en un estado de reposo ó de movimiento en línea recta hasta que una fuerza cualquiera la pone en movimiento en el primer caso, ó le detiene en el segundo.

La inercia eléctrica, para tener una masa apreciable, debe ser concentrada, y esta carga de unidades eónicas concentradas es el electrón, cuyo diámetro viene á ser la cienmilésima parte del átomo del átomo, hallándose los átomos de todos esos cuerpos compuestos de mayor ó menor cantidad de electrones, según que la materia formada por esos átomos sea más ó menos eléctrica, y su conductibilidad mayor ó menor depende de la facilidad con que los electrones son transmitidos de un átomo á otro.

Si el átomo se compone de miles de electrones, tienen, no obstante, espacio de sobra para moverse: según la comparación de sir Oliver, son como un ejército de ocupación

en un país, que no le llenan con su masa, pero impiden la entrada de otros por la fuerza; en una palabra, los intersticios son á los electrones, lo que los espacios interplanetarios son á los planetas en el sistema solar. ¿No se les ve en los rayos catódicos de un tubo, donde previamente se ha hecho el vacío, desarrollar un calor suficientemente enérgico para enrojecer el platino? Allí donde les detiene un obstáculo, se manifestará su energía en forma de rayos X, lo mismo que una bala detenida por un cuerpo impenetrable manifiesta en forma de calor la energía de su movimiento mecánico.

No es difícil comprender que cuando esos electrones penetran en las superficies tersas del metal, es porque á causa de su ínfima pequeñez pueden atravesar los mismos poros de los átomos.

Recuérdese que ya en 1870, sir William Crocks nos mostró los efectos de una materia que no es sólida, líquida ni gaseosa, sino más subdividida aún, un cuarto estado que quizá no sea el último.

En resumen, la supuesta indivisible unidad llamada átomo parece compuesta de cargas concentradas de electricidad cuyas fracciones no pueden extraerse. Hablemos aún del átomo, pero preparémonos á admitir que su concepto, base hasta ayer de la química moderna, se halla á punto de pasar al panteón de la historia. Nótese este caso curioso, como lo he consignado en estas mismas páginas defendiendo la teoría de la unidad de la materia y de la transmutación posible de sus diferentes grados de condensación, á saber: que los últimos descubrimientos parecen confirmar algunos dorados ensueños de los alquimistas de la Edad Media.

Los recientes trabajos de los profesores Thompson, Wykham, Townsend, Rutherford, y especialmente los del sabio holandés Zeeman, que ha llegado á probar que el origen de la luz reside en esos electrones en movimiento, hacen prever que no está lejano el día en que podamos probar que 350 electrones positivos, combinados con otros tantos negativos, entrelazados y retenidos por su inercia, forman un átomo de hidrógeno, cuyo equivalente químico es 1, mientras que un átomo de oxígeno, cuyo equivalente químico es 16, comprende un número 16 veces mayor de electrones. Ese día quedará plenamente confirmada la unidad de la materia.

••

La parte más interesante de esta conferencia es la destinada á explicar las anomalías del *radium*. Se ha cometido cierta ligereza diciendo que este cuerpo produce luz y calor sin consumir energía, cuando lo correcto hubiera sido reconocer que se ignora de dónde saca esa energía.

Basándose en la teoría de los electrones antes expuesta y por medio de demostraciones harto áridas y complicadas, imposible de extraer aquí, el conferenciante sostiene que el *radium* es en pequeño una imagen de esas nebulosas cuya aparente disipación de energía luminosa es tan lenta, que se necesitan centenares ó millares de años para que su alteración sea perceptible.

Me apresuro á manifestar que la explicación de sir O. Lodger, aunque ingeniosa y bien fundada, no puede aceptarse como verdad matemática; la demostración positiva vendrá acaso después. En todo caso, es preferible esta hipótesis á las que nos conducirían á admitir que un cuerpo puede escapar á la ley fundamental y universal de la conservación de la energía.

* * *

Los diarios de Londres relataban días pasados un caso extraño tratado en *Middlesex Hospital*: Se trata de una señora Cunningham, que se presentó en dicho hospital con las mandíbulas fijas y rígidas, quejándose de haber sido hipnotizada por un gato.

Parece que sólo nombrar un gato en su presencia, le produce una excitación nerviosa extraordinaria, y que la vista de uno de esos animales le produce esa parálisis de las mandíbulas, precedida de una sensación de angustia inexplicable y de un deseo irresistible de gritar.

La señora Cunningham, en la actualidad de cuarenta y ocho años, padece esa extraña afección desde la edad de diez y seis años. Tenía un gato favorito en sus brazos, cuando de repente manifestó éste los síntomas de la rabia; le soltó, y el animal corrió por toda la casa mordiendo, arañando y desgarrando cortinas, telas y tapices, á la vez que daba maullidos tan espantosos, que su impresión no ha podido borrársele jamás. Trató de pedir socorro, pero le fué imposible; quedó con la boca abierta por la contracción de las mandíbulas sin poderla cerrar, y así permaneció algunos días, desapareciendo esa especie de parálisis de los órganos de la voz, la cual se reproduce cada vez que ve un gato. Se supone que es este un caso de auto-hipnotismo, para el que hasta que el médico de servicio en el hospital le toque la barbilla, diciendo que el gato ha desaparecido para que vuelva á su estado normal.

Según la revista *Science Siftings*, el caso de la señora Cunningham es la especie de histeria mental que forma uno de los rasgos principales en la existencia de los sacerdotes de la India, supuestos milagrosos.

En la India se han observado muchos casos de personas capaces de mover los músculos involuntarios del cuerpo. Se ha visto un hombre que suspendía á capricho los latidos del corazón durante ochenta segundos, y otro que dormía voluntariamente sesenta días de un tirón. Hay fanáticos que para excitar la veneración y pasar por santos, se infieren heridas terribles; pero se sabe que esos imbéciles son tan insensibles como la persona hipnotizada que no siente el alfiler que por broma estúpida penetra en su carne.

*
**

L'Agriculture Moderne, en su información hortícola, extracta una comunicación presentada á la Sociedad Botánica de San Petersburgo por un botánico ruso, para reanimar la nutrición de las plantas que están á punto de perecer.

El autor, con un aparato de su invención, inyecta en el tronco de un árbol frutal una solución de sulfato de hierro, y obtiene un doble efecto: el árbol, atacado de clorosis, se cura completamente; su desarrollo se acelera.

El procedimiento para curar la clorosis de las plantas era ya conocido y experimentado en Francia, hace unos cincuenta años, por M. Eugenio Gris.

TARRIDA DEL MÁRMOL

En plena revolución

(CONCLUSIÓN)

El hecho de que ya en la vieja sociedad capitalista se han formado organizaciones de productores, destinadas por la naturaleza misma de las cosas á ser el nudo de toda esa gran asociación del trabajo productivo, y á ser el eje sobre el que girará toda la máquina de producción y de consumo; este hecho es un fenómeno que no se debe despreciar para el buen éxito de una revolución internacional.

Estas organizaciones crearán, desde el comienzo de la revolución, un cierto sistema de elaboración, arreglado voluntariamente y capaz de ser modificado más adelante por la libertad de agrupación de todos los individuos. Así es que representan una fuerza revolucionaria que los esfuerzos de los voluntarios, venidos de todas partes, no pueden reemplazar por grandes que sean sus sacrificios.

Los obreros organizados que, en cada oficio y hasta el último momento antes de la revolución, hayan disputado palmo á palmo á los patronos capitalistas la dominación en las fábricas, los talleres, los grandes almacenes, los establecimientos de transporte, no tendrán nada más que hacer, en los días de agitación revolucionaria, que acabar su victoria. Que esos asalariados de otro tiempo coloquen entonces inmediatamente á sus representantes en las oficinas de dirección de sus establecimientos respectivos; que se unan en sus reuniones para discutir provisionalmente las horas de trabajo y todas las condiciones que fijarán más adelante definitivamente para efectuar el trabajo bajo la inspección de la opinión pública.

Que abran los talleres y las fábricas, los almacenes de vestuario y de alimentos, los mercados de carnes, de legumbres, de vinos, los teatros y todos los lugares de diversión, que organicen los medios de comunicación.

Después de todo esto podemos esperar con confianza los resultados.

Confianza unos en otros, y también en ese admirable espíritu de organización espontánea de que nos habla *Kropotkine*, podemos esperar haber hecho bastante. ¡Que la evolución de los acontecimientos recobre pues su curso!

Si queremos poner todos nuestros esfuerzos y hacer nuestro posible para la emancipación de las masas, no nos fijaremos en caracteres distintivos de ninguna clase: un cinturón rojo, un kepis recamado. Estas cosas pueden sernos tan indiferentes como los títulos, tales: «Comité de Salud pública», «Comité revolucionario provisional», ú otros del mismo género. Los revolucionarios, por lo menos los convencidos, serán insensibles á semejantes distinciones personales.

Que un número restringido de hombres resueltos, obrando en conjunto y convencidos de lo que hay que hacer, puedan ejercer una gran influencia, sobre todo durante el primer periodo de un movimiento revolucionario; que puedan también dirigir el movimiento de esas masas, solicitadas por toda suerte de aspiraciones inciertas, es, seguramente, un hecho indiscutible.

Por lo que se ha expuesto anteriormente, se ha visto que el éxito de una revolución proletaria no dependerá más que de esa cuestión decisiva. La clase obrera, tomada en conjunto, ¿es capaz de reemplazar á los patronos capitalistas y dirigir por sus asociaciones productivas toda la producción y la distribución de las riquezas sociales?

¿Pero es que un movimiento revolucionario proletario, nacido de la urgencia de los casos y una vez en marcha, tomara desde luego, y con la rapidez apetecible, su verdadero curso? ¿Tendrá en la época actual, sin grandes sacudidas, el carácter de una lucha contra la propiedad privada, encontrando así inmediatamente el cauce comunista? Esto puede depender por modo considerable de la acción de algunas personas convencidas y de un carácter fuerte y enérgico.

Transportémonos á uno de esos grandes centros de industria y de comunicación en el momento en que, en una crisis general, el gobierno es cogido de improviso, y en que el pueblo se encuentra momentáneamente dueño de la situación:

«Desaparecido el antiguo gobierno, el ejército, vacilante ante la ola del levantamiento popular, no obedece ya á sus jefes; éstos, además, se han retirado prudentemente. Con los brazos cruzados, la tropa deja hacer, ó, con la culata en alto, se une á los insurrectos. La policía, con los brazos caídos, no sabe ya si hay que pegar, ó gritar: «¡Viva la Común!», y los guardias se van á sus casas «en espera del nuevo gobierno». Los burgueses gordos hacen sus maletas y escapan á lugar seguro. El pueblo se queda.—He aquí cómo se anuncia una revolución.»

Tomamos del libro de *Kropotkine* este esbozo del comienzo de una revolución, por el cual el autor, seguramente, piensa en la Común de 1871.

Por lo demás, la forma con que se anuncia un movimiento revolucionario puede ser indiferente. En Chicago ó en Nueva York podría tener un determinado carácter americano específico, comenzando por ejemplo con una victoria, alcanzada por millares de huelguistas armados sobre el ejército regular de la Unión y sobre la policía.

En todo caso, nos encontraremos colocados frente al fenómeno general de una multitud de personas, armadas ó no armadas, que rodará por las calles siendo verdaderamente dueña de la situación, incierta en todos sus deseos, prestando oídos á toda clase de pareceres.

Por azar un almacén ó un depósito podrá ser saqueado; pero, á la larga, la corriente se concentrará sobre uno ó varios grandes palacios y en torno de ciertos edificios públicos. Del seno de esos miles de personas se elevará la pregunta: «¿Qué hacer?»

Que seamos ó no partidarios de proclamas, éstas se sucederán en no importa qué dirección. Por supuesto, serán acogidas con denuestos, si no responde á todo lo que vive en las masas populares, y tal vez los autores de esas proclamas mal recibidas serán sencillamente linchados por las masas, en castigo de su temeridad de presentarse como monitores. En la investigación sobre la importancia histórica de un movimiento de masas, estas manifestaciones espontáneas de la venganza popular no tienen más que una significación secundaria, porque para las investigaciones científicas de lo que se trata es de la dirección general.

Si, por el contrario, tales proclamas responden á los sentimientos que animan al pueblo, serán ejecutadas, y los que las publiquen serán escuchados y seguidos, llámense «comité revolucionario» ó cualquier otra cosa.

Es cierto que los comunistas convencidos y enérgicos ejercerán una gran influencia personal sobre los acontecimientos ulteriores de un movimiento revolucionario. Porque, aun cuando las masas sublevadas manifiesten con mayor claridad y categóricamente lo que desean, después de transcurridos algunos días, los revolucionarios fuertes y atrevidos serán el alma del movimiento, mientras representen verdaderamente los sentimientos populares. Lo serán tanto entre las masas del pueblo mismo, como en los comités que eventualmente se formen.

Los comunistas libertarios, á lo que me parece, harán, pues, todo lo posible para evitar que de nuevo los cuerpos gubernamentales usurpen el poder público, *proclamando órdenes y ejecutando leyes*, á las cuales tengan que obedecer las masas.

Los comunistas libertarios, seguramente, emplearán todos sus esfuerzos para llegar á que en principio no se publiquen más que deseos, *proposiciones*, que el pueblo podrá ejecutar ó no ejecutar en la vida real, y que no se proclamarán sino *opiniones*, que las masas seguirán ó no en sus modos de vivir. Tratarán, pues, de que la organización de las masas tome un carácter libre tan fuerte como sea posible. Allí solamente, en donde se tratara de defender inmediatamente los principios fundamentales de la revolución comunista, y en donde la revolución debiera ser defendida, con las armas en la mano, se verían obligados á tolerar provisionalmente la *obediencia* y el *mando categórico*.

Así, en nuestro concepto, los comunistas revolucionarios convencidos manifestarán en toda ocasión su opinión como comunistas, cuando en el seno de las masas revolucionarias sean propuestas medidas, que desde los comienzos del movimiento revolucionario se consideren indispensables para efectuar el buen éxito de la revolución misma.

Pensamos en medidas como las que siguen:

«La organización de la defensa á mano armada del nuevo orden con el nombramiento de los jefes provisionales por el mismo pueblo armado.

«El arresto inmediato, allí donde se les encuentre, de todos los miembros de los antiguos centros de gobierno, ministros, generales y comandantes de tropas, jefes de policía, así como los miembros del parlamento de todos los partidos.»

Se juzgará necesaria la detención temporal de estas personas para que no tengan ocasión de rovocar una contrarrevolución.

«La toma de posesión inmediata de las oficinas de correos, de teléfono y de telégrafo, á fin de que estas no permanezcan demasiado tiempo en manos de los altos funcionarios del antiguo gobierno, la de las oficinas de redacción de los grandes periódicos reaccionarios y, sobre todo, de las casas de banca.

La Común de París comprobó cómo, desde el principio de la insurrección popular, toda la gran prensa le fué hostil, hasta el punto de excitar en una declaración de la prensa (publicada en el núm. 81—22 marzo 1871 —del *Journal Officiel*) á los electores de París á no hacer caso de la convocatoria de electores para la Común. Los representantes de más de veintiocho periódicos de París firmaron la declaración y obtuvieron por su actitud la alta aprobación de la Asamblea Nacional de Versalles.

Por fin, el 18 de Abril, la Común se vió obligada á decidir la supresión de cuatro grandes periódicos reaccionarios, por la razón de que «predican abiertamente la guerra civil, dan informes militares al enemigo, y propagan la calumnia contra los defensores de la República» (núm. 109 del *Journal Officiel* del 19 de Abril de 1871). Más adelante siguió la supresión de otros periódicos de la misma clase.

En cuanto á las casas de banca, por la misma experiencia de las revoluciones anteriores se observará que, si los antiguos gobiernos reaccionarios tuviesen ocasión para salvar sumas considerables, emplearían su dinero en la corrupción de la opinión pública. El hecho de que la Común no supiera hacer uso del tesoro del Banco de Francia, fué más tarde reconocido por todos los revolucionarios como una de las mayores faltas de la Común.

«La publicación de una proclama invitando á la población rural á dejar de pagar arrendamientos, diezmos ó cualesquiera otras cargas, y á romper en general todos los compromisos con los anteriores propietarios terratenientes.

»A consecuencia de esta proposición, rogar á la misma población de todos los pueblos rurales el arreglo en reuniones públicas de la manera de cultivar las parcelas situadas en su demarcación del modo que decida la población misma.

»La convocatoria de los sindicatos en los diferentes ramos de industria, de comunicaciones, etc., para la reglamentación de la distribución de los bienes sociales y de la continuación inmediata del trabajo en las fábricas y en los talleres, en los establecimientos de comunicación y de transporte, en los almacenes y los mercados, así como del trabajo en las oficinas de correos, de teléfonos, de telégrafos, en las escuelas y los hospitales. Todo trabajo se ha de regular por los obreros organizados de los establecimientos respectivos que lo dirigirán bajo la inspección de la opinión pública.»

La Común de París se decidió á la elaboración de un proyecto de espíritu análogo para la explotación de ciertos talleres. Solamente, que la Común tomó bastante tarde esa resolución, colocándose además en un punto de vista completamente capitalista. Pidió, el 16 de Abril de 1871, á las Cámaras sindicales obreras, la elaboración de una estadística de talleres abandonados, así como un informe estableciendo las condiciones prácticas para poner en explotación esos talleres por la asociación cooperativa de los trabajadores que en ellos estaban empleados.

Otra porción de medidas análogas á las que quedan designadas serán puestas á la orden del día desde el primer momento de una revolución proletaria. En gran parte tendrán un carácter apremiante é imperioso, y el error en lo que concierne á la dirección de sus efectos podría tener á veces una influencia nefasta.

Cuando hacemos una enumeración de alguna de esas medidas revolucionarias de carácter urgente, refiriéndonos á movimientos del pasado, como la Común de París, no tenemos otro móvil que el de caracterizar científicamente la importancia histórica, á menudo decisiva del primer período de una revolución en masa.

Porque podemos admitir que, hasta en la forma que tome en el porvenir, comparada con el pasado, la revolución mostrará siempre una especie de progreso y un cierto desarrollo que se manifestará en la manera de evitar las faltas de antes y de cambiar las seminedidas en medidas definitivas y completas.

Los comunistas en todo esto considerarán como su tarea propia, el poner en primer término el punto de mira comunista al lí donde se propongan tales medidas que puedan acarrear serios conflictos.

Por real que sea la imposibilidad de indicar por adelantado y en detalle el desarrollo de un movimiento revolucionario, la discusión de lo que se haga el día de una insurrección popular será siempre, en la lucha actual de clases, de una importancia general para los dos partidos combatientes, vista sobre todo la influencia decisiva del primer período de una revolución. Tales discusiones se entablarán, pues, en los círculos gubernamentales, en los centros de los comandantes militares y de los jefes de policía, así como entre las masas de los obreros revolucionarios.

La historia—se sabe por una parte tan bien como por la otra—no está escrita por el derecho, sino por la fuerza. El hecho histórico, una vez existente, se convierte, por la razón misma de su existencia, en la situación legal, reconocida como «derecho» por la masa de los hombres.

Por consiguiente, podemos ya prever que en la revolución futura, cualquiera que sea la forma especial é imprevista de su desarrollo, el proletariado colocará á las clases poseyentes enfrente de los hechos realizados.

Puede sacarse esta deducción sin que sea necesario penetrar en el porvenir más de

lo que es posible hacerlo mediante un estudio serio de los hechos existentes y de su desarrollo histórico.

Los hechos no pueden ser borrados sino por nuevos hechos que son opuestos, pero jamás por razonamientos teóricos, y no pueden ser combatidos por los conservadores desde un punto de vista de «derecho», sino cuando todavía no son hechos.

CRISTIÁN CORNELISSEN.

EL ANARQUISMO NACIENTE ⁽¹⁾

Nunca segundas partes fueron buenas. Pero amigos queridos que, juzgando buena la primera, decidieron editarla en folleto, me piden que amplíe la materia en unas cuantas cuartillas más, y no puedo ni quiero negarme.

Escribí *La bancarrota de las creencias* en un momento de dolorosas impresiones por el derrumbamiento de algo que vive en la ilusión, más no en la realidad, que juega á veces con las ideas y con los afectos para darnos el tormento de nuestra propia impotencia y de nuestros propios errores reconocidos.

No cede la verdad sus fueros á los convencionalismos ideológicos, y los que nos preciamos de rendirla culto, ni aun por sentimiento de solidaridad, mucho menos por espíritu de partido, habíamos de sacrificar la más pequeña parcela de aquello que entendemos está sobre todas las doctrinas.

Quien quiera que haya seguido atento el desenvolvimiento gradual de las ideas revolucionarias, del anarquismo principalmente, habrá visto que en el curso del tiempo llegaron á cristalizar en los cerebros ciertos principios á modo de condiciones infalibles de la verdad absoluta. Habrá visto cómo se han ido elaborando pequeños dogmas y cómo por el influjo de un misticismo extraño se llegó, en fin, á la afirmación de credos cerrados, pretendiendo nada menos que la posesión de toda la verdad, la verdad de hoy y de mañana, la verdad de siempre. Y habrá visto cómo, después de nuestros escarceos metafísicos, nos hemos ido quedando con las palabras, con los nombres y vacíos por completo de ideas. Al culto á la verdad sucedió la idolatría por la nomenclatura sonora, la magia del efectismo, casi la fe en la fortuita combinación de las letras.

Es el proceso evolutivo de todas las creencias. El anarquismo, que nace como crítica, se trueca en afirmación que toca los linderos del dogma y de la secta. Surgen los creyentes, los fanáticos, los entusiastas del nombre. Y surgen también los teorizantes que hacen de la anarquía un credo individualista ó socialista, colectivista ó comunista, ateo, materialista, de esta ó de la otra escuela filosófica. Finalmente, nacen en el seno del anarquismo los particularismos por la vida, por el arte, por la belleza, por la superhombria ó por la irreductible egoística independencia personal. Se parcela así la síntesis ideal, y, poco á poco, hay tantas capillas como propagandistas, tantas doctrinas como escritores. El resultado es fatal: caemos en todas las vulgaridades del espíritu de partido, en todas las pasioncillas del personalismo, en todas las bajezas de la ambición y de la vanidad.

¹ (1) *El Corsario* ha publicado en un folleto el artículo de nuestro estimado compañero Ricardo Meila «La Bancarrota de la Ciencia», que vió la luz en el núm. 107 de LA REVISTA BLANCA, y «El Anarquismo naciente», que publicamos hoy. El folleto, se vende á diez céntimos ejemplar en la administración de aquel colega.

¿Cómo poner la llaga al descubierto sin tocar á las personas, sin convertir el asunto en piedra de escándalo, en materia de nuevas acusaciones é injurias?

Que el anarquismo ha llegado á ser para muchos una creencia ó una fe, ¿quién ha de negarlo? Pues porque ha llegado á serlo y por serlo se han provocado apasionadas contiendas, divisiones injustificadas, exclusivismos dogmáticos, es por lo que, cumplida la evolución, la bancarrota de las creencias, realidad en los hechos, debe ser proclamada sin rebozo por cuantos amamos la verdad.

Cuando el anarquismo ha ganado más terreno, debía surgir necesariamente la crisis. La inquietud se manifiesta en todas partes. Libros, revistas, periódicos, reuniones, reflejan los efectos del rudo contraste producido por el choque de tantas opiniones que se han colado de rondón en el campo anarquista. En pugna abierta los particularismos doctrinales, caen uno á uno en la batalla de las creencias. Ninguna está firme, no puede estarlo, bajo pena de auto-negación.

La ilusión de un anarquismo cerrado, compacto, uniforme, puro y fijo como la fe immaculada en lo absoluto, pudo vivir en los entusiasmos de momento, en las imaginaciones febriles, ansiosas de bondad y de justicia, pero exhaustas de verdad y de razón. Muere fatalmente cuando el entendimiento se aclara y el análisis desgaja las entrañas de la idealidad. Y llega el momento supremo de hacer añicos las propias creencias, de romper los cachivaches ideológicos adquiridos en tal ó cual autor, en el amorfo con esta ó la otra bella tesis social ó filosófica. ¿Por qué ocultarlo? ¿Por qué continuar batallando á nombre de puerilidades pseudo-científicas y semilógicas? La verdad no se encierra en un punto de vista exclusivo; no se guarda en arcas de frágil tabla; no está ahí á la mano ni al alcance del primer osado que resuelva descubrirla. Como las ciencias, como todo lo humano está en formación, estará perpétuamente en formación. Estamos y estaremos siempre obligados á caminar tras ella por tanteos sucesivos, que no de otra suerte se forma el caudal de los conocimientos y se establece la certidumbre.

Es así como el anarquismo será superado. Y cuando hablo del anarquismo y digo que bulle en muchos cerebros algo incomprensible para el mundo que muere, y que se presiente más allá de la anarquía un sol que nace porque en la sucesión del tiempo no hay ocaso sin orto, es del anarquismo doctrinario, que forma escuela, que levanta capillas, que edifica altares, del que digo que hace quiebra. Sí; más allá de este momento necesario de la bancarrota de las creencias, está la amplia síntesis anarquista que recoge de todos los particularismos afirmados, de todas las tesis filosóficas, de todos los avances formidables de la común labor intelectual, las verdades establecidas bien comprobadas, por cuya demostración toda lucha es ya imposible. Esta síntesis amplísima, expresión acabada del anarquismo que abre sus puertas á todo lo que llega del mañana y á todo lo que queda firme y fuerte del ayer y se reafirma en el embate del hoy que escudriña lo desconocido, esta síntesis es la negación terminante de toda creencia.

No es menester gritar ¡abajo las creencias! Ellas perecen á sus propias manos. La creencia es un obstáculo al conocimiento, como lo es la fe. Y en el rebullir inquieto de cuantos nos decimos anarquistas, las creencias fracasan. No lo ocultemos. Que cada uno arroje de sí la vieja dogmática de sus opiniones, los amores de su predilección filosófica y, lanzando el espíritu por los anchos senderos de la investigación sin trabas, llegue hasta la concepción del anarquismo consciente, viril, generoso, que no riñe sino con los convencionalismos y con los errores y tiene tolerancia para todas las ideas, pero que no acepta, ni aun á título provisorio, sino aquello que esté bien comprobado.

Este anarquismo es el que se halla en formación callada, es el que se elabora lenta-

mente en las conciencias capaces de sentir la presión de los atavismos que resurgen por doquier, es el que me hizo escribir *La bancarrota de las creencias*: un grito de protesta contra la realidad del rebaño anarquista, de aliento para la independencia personal, de expansión para el ideal que cada día vive más fuerte en mí y me anima a la pelea por un porvenir que no he de gozar, pero que será de justicia, de bienestar y de amor para los hombres de mañana. Este anarquismo es el anarquismo naciente, capaz de recoger en su seno todas las tendencias libertarias, de alentar todas las nobles rebeldías, de imprimir a los espíritus generosos el impulso de la libertad en todas direcciones, sin cortapisas y sin prejuicios, con la sola condición de que el exclusivismo no levante murallas chinas y de que el entendimiento se entregue por entero y sin reservas a la verdad que late vigorosa en las más diversas modalidades del ideal nuevo.

Ya no se dirá a nombre del anarquismo: ¡no más allá! La justicia absoluta, revivida en el dogma que muere, no será sino la meta indeterminada que cambia según se desenvuelve la mentalidad humana. Y no caeremos de nuevo en el extraño y singular error de fijar un límite, por lejano que sea, al progreso de las ideas y de las formas de conveniencia social.

El anarquismo naciente proclama el más allá inacabable después de haber derribado todos los valladares del secular absolutismo intelectual de los hombres.

¿No creéis que fracasan actualmente todos los particularismos doctrinales, todas las teorías, que se derrumban todas las fábricas de cascote levantadas torpemente para mayor gloria de dogmas nuevos? ¿No creéis que la bancarrota de las creencias es el último anillo de la cadena humana que se quiebra y nos ofrece la amplitud total de la idealidad anarquista pura y sin mácula?

La fe os habrá cegado. Y haréis bien en renunciar a la palabra libertad; que se puede ser rebaño aun dentro de las ideas más radicales.

Por nuestra parte nos limitamos a registrar un hecho: anarquistas de todas las tendencias caminan resueltamente hacia la afirmación de una gran síntesis social que abarque todas las diversas manifestaciones del ideal. El caminar es silencioso; pronto vendrá el ruidoso rompimiento si hay quien se empeñe en continuar anarrado al espíritu de camarilla y de secta.

Quien no se haya emancipado por sí mismo quedará rezagado en el movimiento actual y será en vano que busque redentores. Morirá esclavo.

Un simpático

Un amigo querido, á quien conocí de rejas adentro... no se asuste el púdico lector; á la cárcel suelen ir á parar los criminales, aunque no todos, ni la mayoría de ellos, ni los más malos y empedernidos, y lleva trazas la cosa de que pronto no haya hombre que pueda considerarse ó ser considerado como decente, si no ostenta entre los recuerdos de su vida la reclusión carcelaria.

Este amigo me invitó un día á comer en su casa.

—Verás—me dijo—mi instalación eléctrica.

—¿Qué entiendo yo de eso?—le repliqué.

—No importa. Ya te lo explicaré. Deseo que digas algo de ella á ese público trabajador que te lee, y de ese modo, entre los dos, quizá le distraigamos agradablemente, dándole de paso un consejo.

En resumen: acepté el obsequio amistoso, aunque desconfiando de su utilidad para mis compañeros lectores.

El día designado llegué á su casa un poco antes de la hora convenida. No estaba el aun: pero su familia, ya prevenida, me recibió cordialmente: Su esposa, una hija de unos doce años y su suegro, hombre de más de setenta. Todos me conocían desde la fecha triste, más aún, todos me querían: el crimen de Cambios Nuevos y el proceso de Montjuich como tantos otros de origen desconocido, aunque ideados y perpetrados con cierto mal fin presumible, producen el resultado de fundir muchos corazones en un afecto común hermosísimo, muchas inteligencias desviadas en una verdad comunmente acepta y muchas voluntades, en una acción mancomunada, y por si eso no bastara, añadiré que ante el conjunto de los neutros se adquiere glorioso prestigio, que viene á ser como el castigo impuesto á aquellos gobernantes torpes, que ejecutan crímenes por razón de Estado para reforzar un poder que se les convierte en desprestigio y debilidad.

Un breve rato de conversación con aquellas tres personas que representaban los tres períodos fundamentales de la vida: el de preparación, el positivo, el de recuerdo y decadencia, me sirvió de plácida satisfacción. Un anciano de facultades obtusas por el entorpecimiento físico de sus órganos, de ilustración escasa como jornalero de los tiempos anteriores al despertar del proletariado, pero de conciencia tranquila, sin remordimientos, que con relativa salud deja transcurrir sus días en una tranquilidad entre vital y vegetativa: una mujer—me parece adivinarla, ya que no pude juzgarlo bien por falta material de tiempo y datos,—tal como conviene á un trabajador revolucionario, próxima á una cuarentena saludable, y de buen ver, inteligente, si no para ayudarle en sus tareas emancipadoras, de seguro incapaz de oponerle obstáculos con prejuicios, supersticiones ni consejos de pancismo utilitario: enamorada de su marido, á quien ama como varón y respeta por el mérito que le avalora sobre lo vulgar; dispuesta á darle aliento en una contrariedad, alegría ó consuelo en una pena y felicidad positiva y constante en todos los momentos de la vida; compañeras así que refuerzan el amor con la amistad y aún con la compenetración de las ideas, hacen que, á pesar de cuanto tiene en sí de irracional y de antiprogresivo, subsista el matrimonio. La hija es un tierno capullo que se desarrolla en un medio puro, fortificante y edificante, recibiendo lecciones de moral, no de la falsificada y convencional, sino verdaderamente humana, educándose para ser persona y recibiendo con provecho, eso me consta, conocimientos positivos.

Llegó la hora y vino mi amigo: hubo los consiguientes saludos y un poco de esa charla que participa del alegre carácter de broma y de afecto, apropiada á las circunstancias de nuestra seriedad, mutuo respeto y falta de franqueza, por falta de trato previo entre la familia de mi amigo y yo.

Me enseñaron la casa: nido pequeño, pero suficiente, bien soleado y ventilado, á propósito para una familia que se conforma á vivir en los suburbios de la gran ciudad porque encierra sus afectos entre aquellas cuatro paredes, y desde allí se relaciona con la sociedad, no para los efectos de la lucha por la existencia, exclusiva y falsa interpretación de la moderna doctrina científica en concepto de los privilegiados, sino al contrario, para extender la exuberancia de sus generosos sentimientos y el poder de su inteligencia á la naturaleza, á la humanidad, á los trabajadores oprimidos por la arbitrariedad autoritaria y la ambición capitalista.

Comimos, y ante el modesto extraordinario con que la señora se esmeró en obsequiar al amigo de su marido, se estableció la franqueza completa entre los comensales, y se dedicó la conversación principalmente á los recuerdos rebosantes de poesía, ya que representaban penas, consuelos, esperanzas y nada de que arrepentirse. Yo también, al ver aquella familia tan amorosamente unida, tuve mi poquito de vanidad en exponer detalladamente lo que en conjunto no ignoraban: tengo esposa, hijos y nietos que me quieren, que por mí son capaces del sacrificio, y que en los días tristes de la prisión y del destierro hicieron maravillas de abnegación y de sufrimiento.

Pasamos á ver la instalación eléctrica. Lo confieso: allí en presencia de aquel obrero, que sin cursos universitarios, por afición y convirtiendo las letras en substancia cerebral durante un tiempo que otros malgastan, me sentí avergonzado. Mi amigo se esforzaba en explicarme el funcionamiento de la batería, de los transmisores, del circuito, del positivo, del negativo y de todo aquel conjunto de cosas cuyos nombres pasaban por entre las sombras de mi ignorancia, como dicen las gentes en mi tierra: entrando por una oreja y saliendo por otra.

—Ves este baño—decía mostrándome uno lleno de agua, situado bajo la instalación eléctrica:—entre esta placa de la cabecera y esta otra de los pies, positiva y negativa relativamente, el cuerpo que se baña sirve de transmisor eléctrico, y durante esa transmisión todo el organismo funciona regularmente; desaparecen todas las obstrucciones que pudiera haber en los órganos circulatorios, respiratorios ó digestivos, y se mantiene perfecto el equilibrio de la salud.

La higiene es uno de nuestros deberes más elementales: es al cuerpo, lo que la moral á la conducta: no basta intentar ó parecer ser bueno con los demás; es preciso ser bueno de veras consigo mismo, manteniendo la propia salud con la limpieza, el ejercicio regularizado, el descanso proporcional y la buena alimentación, porque de este modo evita uno á cuantos le rodean la infección de la enfermedad y del mal ejemplo; se está en disposición de prestar el auxilio del buen consejo ó de la asistencia al necesitado; se evitan sufrimientos morales y materiales á las personas que nos rodean y que nos aman, y se tiene aptitud para concurrir á la gran obra del progreso humano, con la inteligencia y con el sentimiento; ora con la manifestación de pensamientos regeneradores de observaciones provechosas ó útiles descubrimientos; ora produciendo obras de arte que sean como debido tributo ofrecido á la belleza. No basta decir, es preciso hacer. El secreto de la esterilidad, de la propaganda, la causa de que tanto bueno como se dice y se escribe se pierda en el vacío ó se aprecie en mínima proporción, consiste en que se expone con fe muerta, falta de sinceridad, y la generalidad desprecia al apóstol que pide que se haga lo que predica, no lo que practica. En resumen: los hombres del porvenir, los precursores, han de serlo anticipando con sus obras, en cuanto sea humanamente posible, la vida de las generaciones futuras, sea reformándose individualmente, sea uniéndose colectivamente en colonias fraternales; de lo contrario, un espiritualista regresivo y un progresista libertario no pasan de la categoría de burgueses, que á ratos perdidos hablan hipócritamente de lo que no creen; y comparados con el tendero de la esquina, que no piensa más que en el negocio, en el fraude, en la mixtificación de los géneros y en el céntimo de ganancia por unidad de peso ó de medida, no hay diferencia esencial, ó si la hay, resulta en su favor, porque á lo menos no manifiesta hipocresías altruistas.

Todo eso, que he procurado resumir lo mejor que he podido, lo decía mi amigo con entonación vigorosa, expresión y ademanes enérgicos, lanzando á veces chispas de sus ojos ó dulces y simpáticas miradas, que contrastaban con la fisonomía indiferente del anciano.

no, ó que armonizaban con las expresiones amorosas ó entusiastas de la mujer y de la hija.

Me agradó en extremo lo que ví y oí en aquella casa, y salí de ella, después de estrechar la mano de todos y besar en la frente á la niña, con una impresión semejante á la que supongo llevará el viajero del desierto cuando abandona un oasis.

Por fortuna, en medio del desierto burgués, á pesar de las fieras de la autoridad y del capital, hay muchos oasis donde se respira el dulce ambiente del amor y de la sinceridad y se reposa tranquilamente sobre la fe en el ideal.

ANSELMO LORENZO

CERVANTES

Un grupo de literatos y artistas, á instigación de Gómez Carrillo, se ha constituido para erigir en París una estatua á Miguel de Cervantes Saavedra, ilustre autor de *Don Quijote de la Mancha*.

Los libros tienen su destino: el de *Don Quijote* es el de ser leído casi exclusivamente por la misma categoría de lectores á quienes entretienen las historietas de Julio Verne ó del capitán Mayne Reid. En las casas de educación, laicas ó religiosas, lo mismo que en los hogares que pasan por cultos, la pedagogía es cosa tan rara y desconocida, se tiene tan escasa cuenta del desarrollo normal de las inteligencias, que para instruir deleitando á los alumnos ó á los hijos de diez á quince años, sus maestros ó sus padres no tienen á mano otras obras que ofrecerles que *Don Quijote de la Mancha*, los *Viajes de Gulliver* y las *Fábulas de La Fontaine*; es decir, la quinta esencia de la ironía, el compendio de todas las amarguras y aquella triste sabiduría de la vida semejante á los frutos de la mar Muerta rellenos de ceniza y lava.



La Fontaine, menos cruel que Swift y no tan elevado como Cervantes, da como última lección los consejos de la prudencia mínima, la filosofía de cada cual en su casa y cada uno para sí: no salir de su madriguera; no inflarse como la rana; no bromear con el león; abstenerse de viajar; imitar á la zorra, al topo y al mochuelo; eso es lo que enseña al joven ávido de libertad, de aire y de luz; al efebo que siente ya correr por sus venas la sangre ardiente de la pubertad. ¿Qué substancia sacará el intrépido muchacho que tasca el freno y que se rebela contra el menor asomo de tiranía, de ese pasto intelectual negativo, de esa circunspección de burgués timorato y poltrón? Lo probable es que envíe enhoramala para siempre esas obras maestras, delicados matices de un colorido armónico.

Swift va más lejos: de él al menos brotan á raudales la piedad y la cólera generosa. Detesta al rico, al hipócrita y al «pancista»: su férreo látigo azota hasta arrancar sangre la fealdad, la torpeza y la crueldad de las clases directoras. Pone al descubierto sus vicios y sus crímenes, arranca pieza por pieza sus vestiduras de ceremonia, y luego, como el verdugo de Morales en su cuadro el «Martirio de San Bartolomé», con mano experta, con una parsimonia que da al tormento su íntegra perfección, desuella á su víctima aseándola más sin que el mismo suplicio le atribuya la menor belleza. Mas para sentir

qué alma compasiva dicta la antifrase hiperbórea de *Gulliver*: para notar el latido de un corazón de hombre bajo esa capa de hielo y de espinas, se necesita haber explorado hasta el fondo la caja simbólica de donde huyó la Esperanza; es necesario haber deshojado una por una y con lentitud todas las insidias y todas las mentiras con que la vida humana se adorna durante la mañana de su existencia. Cuando aparecen las nieves de la cuarentena y se cierra para siempre la puerta de oro de la juventud, es cuando únicamente puede leerse el nombre de la piedad en aquellas páginas corrosivas.

*
* *

El gran libro de Cervantes es muy diferente; la bondad resalta en todas sus páginas, cada vez más misericordios y admirables, rebosando nobleza como su noble protagonista; pero también, a despecho por otros motivos, *Don Quijote* es inaccesible a las pueriles inteligencias. Los adolescentes no suelen ver más allá de los molinos de viento, los odres agujereados (como en el cuento de Apuleyo, que acaso Cervantes conocía), la fea maritornes y la ascensión de Clavileño; son impotentes para discernir la positiva grandeza del personaje central, lo mismo que para apreciar la abyección de los estúpidos que le escarnecen, desde el duque y la duquesa hasta los zafios yangüeses.

La grandeza de Cervantes es sólo comparable a la de D. Quijote. Por los ásperos caminos de la locura y del dolor va el verdadero hidalgo, el esforzado guerrero, el generoso adalid, a la más gloriosa conquista, a una victoria que excede mucho en mérito a la que él mismo pudo soñar del Cid y del sin par Amadis de Gaula. D. Quijote, antes de morir, comprende la significación verdadera del mundo y de la vida, y les perdona, porque sus idealismos invencibles y aquel sublime ridículo que envolvió su existencia, le preservaron de los contactos que avergüenzan y deshonran y dejaron libre y majestuosamente erguida su orgullosa dignidad.

No hay libro más español que *Don Quijote*; ni tampoco le hay más humano: es todo un manantial inagotable. El siglo xvii no le comprendió; el xviii supuso que servía de pantalla a pensamientos y sentimientos que no podían declararse brevemente; corresponde a nuestro tiempo, tan prendado de la realidad y tan embrutecido por el dinero y los negocios, descubrir el hidalgo de Cervantes.

El Caballero de la Triste Figura cabalga sobre un rocín asmático, que amolda su paso al del rucio de Sancho; vomita el balsamo de Fierabrás; destroza los monigotes de Ginesillo y derrama a pinchazos el vino del ventero. Sin embargo, es el más grande y el más puro de todos los caballeros, más noble que los servidores del Graal ó que los Pares de la Tabla Redonda, puesto que, a través de la irrisión y de los golpes, y a pesar de la vejez y de las injurias, liberta los galeotes, socorre a los oprimidos y con su espada magnánima hostiga el hocico de los leones.

LAURENT TAILHADE

EL CASTILLO MALDITO

(CONTINUACIÓN)

CUADRO SEGUNDO

Decoración.

El despacho del secretario del Gobierno civil de Barcelona. Una mesa ministro al centro, cerca del telón del foro, con una silla a un lado y un sillón al otro. En medio de la escena otra mesa con un jupitre en cada lado y una silla delante de cada pupitre. A ambos lados de la escena una puerta con portiera. En el telón del foro, á la derecha de la mesa, un aparato telefónico.

Al levantarse el telón el Secretario se pasea nerviosamente por la estancia. Pasados unos segundos suena el timbre del teléfono; el Secretario se acerca al aparato y dice.

ESCENA II

SECRETARIO

¿Quién? (pausa) ¿El marqués de qué? (pausa) ¡Ah! es Vucencia. (pausa) Estaba en su despacho hace un rato, pero no sé si habrá salido (pausa). Recibe muchas todos los días. (pausa) En este momento creo que nadie. (pausa) ¡Una bomba! (pausa) ¿Dónde? (pausa) Al momento; pierda Vucencia cuidado. (pausa) Él le acompañe. (Se dirige casi corriendo hacia la puerta de la izquierda: antes de desaparecer por ella suena otra vez el timbre del teléfono; el Secretario retrocede, coge el aparato y dice). ¿Quién? (pausa) ¡Cáspita! (pausa) El Secretario. (pausa) Un servidor, sí; su Excelencia no lo sabe aun. (pausa) Al instante; tenga la bondad de molestarse un momento su Ilustrísima. (pausa) Le avisaré. (El Secretario deja el teléfono y desaparece por la izquierda).

ESCENA III

ASCHERY

(Por la derecha, con muchas precauciones; cuando se convence de que nadie hay en el despa-

cho del Secretario, retrocede, levanta el portier y hace señas á una persona que le espera en la habitación contigua, queriendo significarle que el Secretario no se halla en su despacho, y desaparece).

ESCENA IV

Gobernador y Secretario (de la derecha)

GOBERNADOR

(Azorado, dirigiéndose al teléfono). Pero esos agentes, ¿qué hacen? No sirven más que para cobrar. (Coge el aparato, llama, responde de la central). Doscientos tres, palacio del señor Obispo. (pausa; al Secretario sin dejar el aparato). Me lo temía; los anónimos á veces son dignos de crédito. (Suena el timbre; de cara al aparato). Sí, Ilustrísima; me ha enterado el señor Secretario. (pausa) ¡Quiénes habian de ser!... (pausa) ¡Durante la procesión...! El escarmiento será ejemplar. (pausa) Sin duda alguna. (pausa). Sabremos cumplir con nuestro deber, Ilustrísima. (pausa) Acaso no sea necesario suspenderlas. (pausa) De todas maneras, comunicaré al Gobierno los deseos de su Ilustrísima. (pausa) Dios le acompañe. (Deja el teléfono; al Secretario que habrá estado de pie detrás del Gobernador). Pronto, pronto; que se presenten todos los delegados é inspectores que haya en la casa en este momento.

SECRETARIO

(desapareciendo por la puerta izquierda).
Al momento.

ESCENA V

GOBERNADOR

(Coge el aparato telefónico de nuevo; aprieta el botón, espera un momento, suena el timbre, y dice: El gobernador de Barcelona que desea hablar con el señor Ministro (pausa). Urgen-

ísimo (pausa.) Ha de ser con el señor Ministro precisamente (pausa.) Que se le avise (Pausa bastante larga; el gobernador dará muestras de impaciencia, sin soltar el aparato; suena el timbre del teléfono.) ¿Es Vucencia? (pausa.) Ocorre algo de suma gravedad (pausa un poco larga.) Sí, señor; (pausa.) No es menester, se le oye muy bien (pausa.) Pues que acaba de explotar una bomba en una calle de esta capital (pausa.) Se habla de muchos muertos y heridos (pausa.) No se sabe a ciencia cierta; pero es de suponerlo obra de los anarquistas (pausa.) Su Ilustrísima me ha rogado que proponga al Gobierno la suspensión de las garantías (pausa.) Convocaré Junta de autoridades (pausa.) ¿Después del Consejo? (pausa.) ¿A las diez? (pausa.) Está bien; para esta hora habré hablado con el General (pausa.) Los tengo reunidos para darles órdenes (pausa.) Descuide el señor Ministro (pausa.) Vaya V. E. con Dios. (Deja el teléfono; aparece el secretario por la derecha; á una señal de éste) Que entren.

ESCENA VI

Gobernador, Secretario y como unos veinte policías entre delegados é inspectores.

GOBERNADOR

(Se pasea nervioso del uno al otro lado de la escena; un momento de silencio). He presentado la dimisión al señor Ministro; después de lo que acaba de suceder, no puedo continuar al frente de este gobierno civil. El señor Ministro me ha pedido que antes extendiera la cesantía de todos ustedes. ¿Dónde está el Jefe?

SECRETARIO

Regularmente estará en el lugar del suceso.

GOBERNADOR

¿Y el jefe de la ronda?

SECRETARIO

Allí debe estar también.

GOBERNADOR

¡A buena hora! (pausa.) Es preciso que antes de veinticuatro horas esté preso el criminal ó lo estén los criminales; sólo así se puede evitar la cesantía. (Los policías se miran unos á otros con extrañeza.) ¿Es posible que no se hayan enterado ustedes? Acaba de estallar una bomba en la calle de Arenas de Cambios. Según una confidencia particular reservada, el crimen es obra de los anarquistas. (Los policías hacen un movimiento de cabeza como para decir: esto por de contado.) Probablemente esta misma noche el gobierno acordará la suspensión de las garantías constitucionales en Barcelona; pueden ustedes obrar como si estuviesen supendidas; se trata de los enemigos de la sociedad y del orden, y todo es lícito contra ellos. Que cada cual cumpla con su deber. Pueden ustedes retirarse. (Los policías obedecen; cuando han desaparecido, y al Secretario): He de hablar con el Jefe; tan pronto se presente que pase á mi despacho. (Suena el timbre del teléfono; el Secretario toma el aparato.)

SECRETARIO

(Suena otra vez el timbre) ¿Quien?

GOBERNADOR

¿Quién llama?

SECRETARIO

(Al gobernador.) El General (pausa; en el aparato.) Sí, señor; (pausa.) El señor Gobernador está enterado (pausa.) Sí, señor; (pausa.) En este despacho (pausa.) Conmigo, sí, señor, (pausa.) Solos (pausa.) Si no le inspiro suficiente confianza... (pausa.)

GOBERNADOR

Haga usted el favor de decirle que he hablado con el señor Ministro, habiéndome indicado la conveniencia de convocar Junta de autoridades para hablar de la suspensión de las garantías.

SECRETARIO

(En el aparato). De ello precisamente han hablado, y el señor Gobernador iba á la-

marle para tratar de su suspensión (*pausa*). Bien; si no hace falta convocar la Junta, ya sabemos que Vucencia opina que deben suspenderse.

GOBERNADOR

Dígale usted al señor General que en este momento el Gobierno está reunido en Consejo para deliberar sobre este asunto.

SECRETARIO

(*En el aparato*). El Gobierno resolverá conforme el parecer de estas autoridades, por más que el señor Gobernador me dice que en este momento está reunido en Consejo para acordar lo que proceda (*pausa*); *entra el Jefe de policía; el Gobernador le indica por señas que espere*). Se le avisará al momento. Naturalmente; las órdenes de que se proceda con rigor están ya dadas. (*Pausa*). Muy bien, gracias (*pausa*). En su nombre le hablo y le saludo; (*deja el teléfono*).

ESCENA VII

Gobernador, secretario y jefe de policía.

GOBERNADOR

(*Al Jefe*). ¿Qué?

JEFE

Hasta ahora nada se sabe.

GOBERNADOR

(*De mal talante*). Con seguridad que sabrá más el confidente de quien tanto desconfía usted.

JEFE

Opino que ese tunante nos ha engañado, y que, como le dije en presencia de usted el otro día, sus compañeros tramaban algo.

GOBERNADOR

Pues si tenía usted la seguridad de que los anarquistas tramaban algo, ¿por qué no ha impedido usted esta catástrofe?

JEFE

¿Cómo Vucencia no daba crédito á mis palabras!

GOBERNADOR

Sin embargo, á mí se me ha indicado que podría ser una venganza de los agentes que dejó cesantes al hacerme cargo de este gobierno.

JEFE

(*Tono despectivo*). Es lo que dice el confidente (*subrayando la frase*) de la confianza del señor Gobernador.

GOBERNADOR

(*Con sequedad*). Lo digo yo (*pausa*). Acuérdesc usted de las insinuaciones que me hizo al firmar las cesantías de algunos agentes, hombres de valer y de confianza según usted, pero de pésimos antecedentes según mis informes.

JEFE

Permitame Vucencia que le diga que sólo fué un medio que puse en práctica para evitar las cesantías de agentes que habían de ser indispensables en días como el presente.

GOBERNADOR

Y quizá para demostrarme que lo son han cometido el crimen que hoy deploramos.

JEFE

Eso son rumores que hacen correr los anarquistas por boca de su compañero, el confidente de Vucencia.

GOBERNADOR

Mis dudas tengo de que sean ciertos. (*pausa, se pasea agitado*) Pero el caso es que se han cumplido los vaticinios de ciertos anónimos.

JEFE

Tengo el honor de presentarle mi dimisión.

GOBERNADOR

La acepto; pero continúe usted desempeñando la jefatura de mi policía hasta que yo ordene otra cosa... Puede usted retirarse y no se olvide de que es usted jefe de la policía de Barcelona y que se acaba de cometer un crimen horrible. (*Jefe se retira; al llegar al umbral de la puerta de la derecha, se*

encuentra con el confidente, que entra; confidente y jefe se miran con odio y recelo. El gobernador al ver al confidente dice, dirigiéndose al jefe). No se vaya usted.

ESCENA VIII

Gobernador, Secretario, Jefe y Confidente.

GOBERNADOR

(al confidente). ¡Qué mal paga usted la protección y el favor que le otorgamos!

CONFIDENTE

No sé á lo que se refiere el señor Gobernador.

GOBERNADOR

¿No sabe usted lo que ha ocurrido?

CONFIDENTE

Lo sé; pero mantengo lo que dije ayer. La bomba que acaba de explotar no es obra de los anarquistas.

JEFE

¿Pues de quién?

CONFIDENTE

(dirigiéndose al gobernador.) Sospecho que de las cesantías decretadas hace poco por el señor Gobernador.

GOBERNADOR

Esto es una calumnia.

JEFE

Que oigo con calma porque está delante Vucencia.

CONFIDENTE

No parece sino que los agentes de policía, al encontrarse cesantes, sean incapaces de matar una mosca para vengarse del Gobernador que los ha dejado sin destino.

JEFE

De lo que son incapaces es de traicionar á sus amigos como usted traiciona á los suyos.

GOBERNADOR

(al Jefe). Estoy yo aquí.

CONFIDENTE

Pues yo afirmo que la bomba de hoy es obra de los agentes declarados cesantes recientemente, y (mirando al jefe) de los que no están seguros en sus destinos á pesar del favor de que gozan.

JEFE

Y yo juro que ha de pagar usted cara su osadía.

GOBERNADOR

Pues el Gobernador no sabe que carta quedarse, aunque su cargo le obliga á sospechar de los anarquistas antes que de la policía. De todas maneras, en manos de ustedes está probarme quién tiene razón. (á los dos) A cumplir con sus deberes. (Jefe y Confidente salen por la derecha; al Secretario al hallarse fuera aquéllos). Es preciso vigilarlos.

SECRETARIO

¿A quién de los dos?

GOBERNADOR

A ambos. Encargue usted este servicio á Ramón y á Pedro.

SECRETARIO

Al Jefe le apoya D. Antonio, y si se entera... Ya sabe usted el favor que D. Antonio goza cerca del Gobierno.

GOBERNADOR

(algo contrariado). De nada ha de enterarse. (Suena el timbre del teléfono; el Secretario se dirige al aparato).

SECRETARIO

(en el aparato). ¿Quién? (pausa; al Gobernador) El señor Ministro.

GOBERNADOR

Comunicaré yo. (toma el aparato, de cara al mismo) Con él habla Vucencia. (pausa) Sí, señor. (pausa; mirando el reloj de la pared) Están citados precisamente á esta hora. (pausa) No sé lo que pensará el señor General. (pausa) ¡Ah! es partidario de suspenderlas. (pausa) Bueno, pues la Junta de autoridades acordará lo que convenga al Gobierno y ne-

cesite la tranquilidad pública. *(pausa)* En este caso no hay necesidad de que se reúna la Junta. *(pausa)* Bien, daremos la noticia á la prensa para cubrir las apariencias. *(pausa)* Se redactará. *(al Secretario)* Redacte usted un bando suspendiendo las garantías constitucionales, y resignando los poderes en la autoridad militar. *(el Secretario se sienta y escribe: van entrando señores rollizos y gordiflones; todos visten de levita y chistera; al entrar saludan con una inclinación de cabeza al Gobernador, quien contestará de la misma manera, sin dejar el aparato; de los recién llegados, que serán seis, unos se sientan y otros dicen algo al oído del Secretario).* Sí, ya se está redactando. Descuide Vucencia. *(deja el aparato).*

ESCENA X

Gobernador, Secretario y seis caciques.

GOBERNADOR

(estrechándoles la mano). Tanto bueno por aquí. ¿Cómo están ustedes?

CACIQUE 1.º

Conviene que cuanto antes se encargue del mando la autoridad militar.

CACIQUE 2.º

Acabamos de celebrar una entrevista con el Capitán general.

CACIQUE 3.º

Hay que confesar que los militares saben hacer estas cosas mejor que nosotros.

CACIQUE 4.º

Y más de prisa.

CACIQUE 5.º

Como que ya tiene nombrado el juez, ¡y qué juez!

CACIQUE 6.º

Venimos á ofrecernos en todo y para todo.

GOBERNADOR

Muchísimas gracias; comunicaré al señor Ministro las manifestaciones de ustedes y en nombre del Gobierno acepto desde luego en lo que valen tales ofrecimientos.

CACIQUE 1.º

Contra esa gente todas las armas son buenas y toda represión es poca.

CACIQUE 3.º

Es preciso aunar nuestras fuerzas frente las de esa canalla.

(El Secretario se levanta, presenta una Cuartilla al Gobernador; éste la coge y lee).

GOBERNADOR

(Al Secretario). Está bien; que se haga público al momento. *(Suena el timbre del teléfono, el Gobernador se dirige al aparato y lo coge; suena otra vez el timbre).* Sí, mi General; ¿tiene usted redactado el suyo? *(pausa)* ¡Cuánta diligencia! *(pausa)* Todos mis agentes se pondrán á las órdenes de usted y del juez que usted designe.

CACIQUE 5.º

(á los demás y en voz baja). Es el señor Marzo.

CACIQUE 2.º

¡En buenas manos está la justicia!

CACIQUE 4.º

Es obra del Sr. Marques.

CACIQUE 6.º

Regularmente será obra de los Padres.

CACIQUE 1.º

Quien tiene tan buenos consejeros no es de extrañar que prospere tanto.

GOBERNADOR

(que habrá continuado hablando en el teléfono), Adiós, mi General *(deja el teléfono y se reúne con los caciques.)*

CACIQUE 3.º

Está dispuesto á obrar con energía.

CACIQUE 5.º

Lo mismo ha dicho D. Antonio.

CACIQUE 2.º

Conozco desde muchos años al Sr. Marzo y sé que es una persona de toda confianza. Los Padres le distinguen también con su amistad.

GOBERNADOR

¿De quién se trata?

CACIQUE 4.º

De un señor á quien usted no conocerá seguramente, y que cuando el proceso de los cómplices de Pallás demostró reunir excepcionales condiciones para descubrir criminales.

CACIQUE 6.º

Donde D. Mariano Martínez, que en paz descansa, no supo encontrar indicios de criminalidad, el Sr. Marzo encontró cinco penas de muerte.

GOBERNADOR

Mucha debe ser su perspicacia.

CACIQUE 1.º

Y su talento.

CACIQUE 3.º

Como que no se anda con chinitas.

CACIQUE 5.º

Así deben ser los jueces; de una pieza, rectos, severos y de pocos escrúpulos cuando se trata de combatir la plaga anarquista.

FEDERICO URALES

(Continuará.)

SOBRE EL MISMO TEMA

En uno de los últimos párrafos de mi anterior artículo protestaba de la crítica necia é insubstancial que hacen ciertos escritores á la respetabilísima, á la sacratísima ciencia, puesto que estos tales no se fijan más que en algunos resultados de los experimentos llevados á cabo por quienes pretenden conseguir, de un modo ó de otro, gloria, fama y renombre más ó menos esclarecido, para después con él especular, haciendo pasar, ó procurando engañar á los necios (que por cierto cada día creo que, por desgracia, van en aumento), y lo que es peor todavía, engañándose á sí propios, en la creencia de que si logran su objeto son hombres y personas de valía, de capacidad, de saber científico, cuando lo que tienen es una suma grande de vanidad, y algún tanto de pedantería, pues en su lenguaje, tanto oral, como escrito, les gusta emplear los términos técnicos, vengan ó no á formar ó constituir armonía con el resto de los que narran, haciéndolo así ampuloso y enfático, y, por lo tanto, resultando algo inconexo.

De esto se suelen servir los literatos de cierta valía para querer ó pretender desacreditar á la ciencia, atreviéndose á decir de ella que se halla en estado de bancarrota, ó que á menudo lo niega la práctica lo que pretende demostrar la teoría, puesto que fijándose muchos de los supuestos inventores en las leyes, ó en las fórmulas matemáticas, y haciendo caso omiso de las teorías ó doctrinas físicas, las cuales son las únicas y ciertas para la conducción práctica de los grandes pensamientos que se desarrollan en la masa encefálica.

Nadie puede negarme que el sol produce el calor y la luz, los dos agentes más importantes para el sostenimiento de la vida, tanto de los seres correspondientes al reino animal, como también al vegetal, y que estos dos agentes se transmiten desde dicho astro hasta nuestro humilde y mísero planeta, por el intermedio de ese fluido sutil y eminentemente elástico, de que ya indiqué en mi anterior artículo, y que denominamos éter, y que se transmiten estos dos agentes ó fuerzas de uno á otro, arrojando, ó echando ó despidiendo lejos de sí con más ó menos impetu en forma de ondulaciones, hasta llegar á chocar con el otro, por cuanto ésto se demuestra, y se puede demostrar con ex-

perimentos observables mediante el sentido de la vista, en cuanto se refiere á los agentes ó fuerzas llamadas luz y calor, por el efecto productor de los mismos, cual es la elevación de temperatura, apreciada por el tacto, y también por los instrumentos que en la Física denominanse termómetros, y si esto nadie lo niega, ni á nadie le es posible negar, del mismo modo que tampoco puede nadie negar que el fuego quema, el agua apaga el fuego, y es esta substancia un líquido, el cual, según el grado de calor que posea, así afecta distinto estado molecular, y si se ha llegado á estudiar un poco de Química, se sabe, por medio de ella, la composición, no ya sólo cualitativa, sino hasta cuantitativa de el tal líquido, y el análisis y la síntesis que de la misma se hace con suma sencillez y facilidad, y todo esto que digo, y mucho más que pudiera decir, tanto respecto á este cuerpo ó á esta substancia, como asimismo á otras muchas substancias, se estudia en las doctrinas ó teorías llamadas del materialismo, ó sea la ciencia que se denomina Física, aun cuando haya personas capaces de negar tal afirmación mía, la cual es muy lógica, y, por lo tanto, cierta, pues por medio de ella sabemos ó conocemos lo que es la luz, el calor, el magnetismo, la electricidad y algunas más de las propiedades, caracteres ó atributos asignados ó concedidos á todos los seres de la madre Natura, juntamente esta Ciencia con su hermana ó prima-hermana la llamada Química, ramas, como sabrán muchos de los lectores de esta REVISTA, de las llamadas Ciencias biológicas ó Ciencias Naturales, las cuales cada día van en aumento de una manera prodigiosa, sin que exista ó haya poder humano que pueda contrarrestar su formidable empuje ó poderío.

Que esto es así, nadie será capaz de negarlo, porque si nos fijamos en un grupo cualquiera de seres, y voy á poner por ejemplo de los correspondientes al llamado reino mineral, y me voy á fijar en el género cal y la especie carbonato, todos los cuerpos incluidos en este importantísimo grupo (por lo numeroso que es en variedades, sobre todo las correspondientes á los mármoles), tienen que tener por precisión los caracteres siguientes para ser tales: dureza, 3; peso específico, 3,5; cristaliza en dos sistemas, que es lo que se denomina dimorfismo, dar ó despedir CO_2 , por la calenización servir bien para la construcción de edificios, bien para adornos ó para otras diversas aplicaciones.

El grupo de los azúcares que se estudia en la química orgánica, nos marca, entre otros, los caracteres siguientes: ser solubles en el agua, en mayor ó menor cantidad; tener sabor agradable dulzaino, también más ó menos pronunciado; poseer el poder que se llama de rotación; destrogiar ó levagiar, según desprende ó separa á la derecha ó á la izquierda, el plano de prolongación, etc., etc.

En la Historia natural, reino animal, tipo articulados, clase insectos, orden lepidópteros, se tienen que distinguir los seres comprendidos en este grupo de los restantes, por su metamorfosis completa; la boca, dispuesta para chupar, constituida por una trompa arrollada en espiral durante el reposo, que tienen cuatro alas cubiertas completamente de unas pequeñísimas escamas, las cuales, por su diversa disposición, hacen que posean esos colores tan vistosos y agradables á la vista, que muchas de sus especies nos proporcionan la materia tan importante para la industria y el comercio, llamada seda, etc., etcétera; pues no acabaría si fuera de este modo citando ejemplos ó casos, para venir á deducir las materias ó asuntos pertenecientes al lema que sirve para demostrar el tema de que yo he tratado en mis anteriores artículos, y sirve éste como de continuación de aquéllos, aun cuando sé habrá personas que me contestarán á esto ser otro asunto sumamente distinto del que trato; pero yo, á mi vez, les digo que no hay tal cosa, por cuanto en el sistema filosófico-científico materialista se incluyen una porción de estudios, por ser todos aquellos que tratan de la materia bajo sus diversas manifestaciones, y que,

fuera de ella, no hay, no existe, ni tampoco puede existir nada, pues todo cuanto acontece es debido, única y exclusivamente, á su poder, á su influencia; y que todo lo que parece extraño á la misma, tiene su explicación, aun cuando no se conozca en la actualidad con certeza: sin embargo, hay alguna probabilidad de que será de tal ó cual modo, á más de ser la acción del tiempo el único testigo fidedigno para la explicación de los hechos; hasta el tiempo presente, indemostrable, el que nos dará, cuando llegue su época correspondiente, pues todo á vez la es imposible saber ó conocer, por cuanto unas teorías deben suceder á otras y unos descubrimientos á otros, porque para llegar á inventar la máquina de vapor fué preciso primeramente haber conocido el estado ese molecular que afecta el agua por mediación del calor, llamado vapor acuoso, y saber, además, la fuerza expansiva que posee, la cual se hace á propósito para arrastrar esos vehículos tan pesados que constituyen las locomotoras y los ferrocarriles, del mismo modo que se ha querido ó tratado de verificar con la tan anhelada dirección de los globos; y hasta que la ciencia no haya llegado á mayores adelantos, sobre todo en lo referente á la parte de la química, no se conseguirá el tan deseado invento, como ha acontecido con otros muchos supuestos como tales; y esta ciencia, con el descubrimiento de algún cuerpo nuevo de propiedades desconocidas hasta el presente, y que éstas le hagan aptas para poder desempeñar el cometido que se desea alcanzar. También pudiera suceder nos diera á conocer otras propiedades de las cuales no se nos hubiera manifestado lo más mínimo respecto de ellas, por no haber medios de investigación posibles, en alguno de los muchos cuerpos, tanto simples como compuestos, que esta admirable ciencia enseña á todo aquel que trata de estudiarla, á pesar del gran número de detractores con que cuenta, y los cuales parece van en aumento de día en día; pero debe tenerse muy presente la expresión, tan lacónica como altamente cierta, dicha en lenguaje latino, *stultorum infinitus est numerus*; y sin embargo de ello, no dejan de tener sus pretensiones, juzgándose capaces de la crítica, y dar su necia opinión, haciéndola en ocasiones de que prevalezca sobre otras de incontestable autoridad, por haber llegado á aprender algunos términos técnicos y creerse, con ellos, ser hombres de ciencia; y tengan entendido estos tales que, como ya lo ha manifestado el Sr. D. José Echeagaray en el *Blanco y Negro* del día 3 de Febrero de este año, en un año no se aprende una ciencia, apenas se empieza á deletrear la parte más elemental de los rudimentos; y esta frase la hago mía, por estar en un todo conforme con ella y haber sido testigo de lo que ha pasado en mi misma persona, pues á fuerza de machacar y machacar, y de un año tras de otro, y manejando obras y autores de tratados filosóficos y científicos de reconocida competencia y gran autoridad en sus respectivas materias, y con gran constancia y paciencia, es como se llega á conseguir lo que uno se propone, si no en todo, por lo menos en una buena parte, pero partiendo de una base, la cual es la fundamental en toda clase de materias, y esta es ó consiste, en la posesión de los rudimentos, ó los prolegómenos de lo que desea saberse.

Que los señores médicos y farmacéuticos sean, admitan ó crean las doctrinas del Materialismo científico-filosófico, á nadie debe de chocar ni llamar la atención, por cuanto de los estudios llevados á cabo en tales carreras ó facultades conducen paulatina é insensiblemente á lo que en las mismas se enseña, para lo cual no hay más que citar algún ejemplo y después sacar las consecuencias ó las conclusiones que puedan deducirse de cada ejemplo.

Con la enfermedad denominada anemia, que, no ya como su nombre lo indica, es propiamente disminución más ó menos considerable de la cantidad normal de sangre, con notable alteración de su consistencia, bien en la totalidad del organismo, bien en un

territorio vascular limitado, sino más bien disminución en más ó en menos crecida cantidad de los llamados glóbulos rojos del líquido nutritivo, por la falta incompleta del óxido de hierro que debe existir en tal líquido, para que éste ejerza sus debidas funciones con la debida regularidad, y las causas son, entre otras, la alimentación insuficiente en cantidad ó calidad, el ejercicio muscular insuficiente ó excesivo, el agotamiento del sistema nervioso por excitaciones de cualquier orden abusivamente repetidas ó prolongadas, hemorragias, enfermedades agudas y crónicas, deduciéndose de todo esto, como consecuencia lógica, clara y terminante, que el tratamiento haya de ser en un todo contrapuesto á las causas que han llegado á producir tal enfermedad, y de consiguiente, el médico que haga una visita á uno de sus enfermos, víctima de tal enfermedad, desde luego se ha de comprender, le ha de someter á los tratamientos siguientes: rodear al organismo de las condiciones más favorables al restablecimiento circulatorio; excitar directamente la circulación disminuída ó suprimida, por la hidroterapia racionalmente manejada y las aguas minerales ferruginosas, cloruradas, sódicas y alcalinas, las cuales producen excelentes efectos.

El hierro ya se sabe que es el antianémico por excelencia, habiendo más certeza de su positiva eficacia, que de la manera como determine la reconstitución de la sangre, transformando la hematosina en hemoglobina, y por ende, proporcionando al líquido nutricio el óxido de hierro que le hace falta, para llegar á constituir los glóbulos rojos normales.

También se suelen indicar el arsénico, el cloruro sódico ó la sal común, los amargos y los tónicos neurasténicos, y entre todos estos, la quina es la que se halla en primer término, llamándose medicamentos tónicos, porque constituyen la fuerza ó tonicidad de los tejidos y reconstituyen las funciones asimiladoras é imprimen la resistencia vital al organismo.

El por qué obran así estos cuerpos, ó sustancias, en el organismo humano, y también en los demás animales, pues no se distinguen unos de otros más que en la forma ó apariencia exterior, pues las funciones desempeñadas por todos ellos son análogas, semejantes, parecidas, casi completamente idénticas, como ya tendré ocasión de ir manifestando, conforme me llegue el tiempo para ello, se comprende desde luego, con un poco de reflexión, por la virtud, por la cualidad intrínseca, propia y característica de cada ser, como ya he manifestado más arriba al referirme al agua y las propiedades, virtudes ó cualidades de este líquido, y no deberemos atribuir las enfermedades á la cólera de ningún poder sobrenatural, llámesele Jehová, Alah ó como quiera que tenga su denominación, por los pecados cometidos por el linaje humano, y se pretenda, como antiguamente se hacía, curarlas mediante rezos, novenas, ayunos y otras prácticas tan estúpidas como ridículas, viniendo por aquel entonces á ser la medicina sumamente teológica, debido á que ejercían tal profesión los monjes ó frailes, quienes, con su adusto despotismo y gran jactancia, inflúan de una manera sumamente imperiosa en la masa popular, defendiendo más que nada á la suma ignorancia y la gran superstición en el vulgo, conforme nos lo puede enseñar cualquier libro ó tratado de la historia crítica de la Medicina.

Se perseguía en aquel entonces, ó sea por los principios de la Edad Media, á todo el que deseaba dedicarse al estudio de las ciencias, y no se admitía ninguna clase de escuelas, y consiguieron fanatizar al español leal, y ser las catedrales y los conventos los hospitales donde debieran acudir los pacientes en busca del anhelado remedio para sus dolencias, no permitiéndose tampoco el hacer ninguna pequeña observación en un cadáver, tomándolo como una horrenda profanación á quien tal cosa se atreviera á llevar á cabo;

pero como se deduce por la lógica y el sentido común, en lugar de disminuir las enfermedades, lo que acontecía era todo lo contrario, sobre todo de las que en la época presente se les llama epidémicas ó contagiosas y que tienen por origen lo que en el lenguaje científico se ha convenido en denominar un ser microscópico ó microorganismo, por su extremada pequeñez, aun cuando grande por los efectos que produce, debidos en gran parte á la clase de reproducción ó multiplicación que en el mismo se verifica, puesto que en el corto espacio de veinticuatro horas da uno solo más de cinco millones, y estos seres, que corresponden al reino psicodiarío establecido por el célebre naturalista alemán Ernesto Haeckel, leyes de unión entre los dos reinos llamados animal y vegetal, son seres que viven ó habitan en lugares de suciedad, donde no existe la limpieza, y por consiguiente, con una higiene esmerada, se les auyenta de dichos lugares, y con la tal medida se llega á evitar el que se desarrollen las enfermedades contagiosas, y esto ha sido uno de los mayores triunfos de las ciencias naturales, en contra de la reacción y del absolutismo, que oponían los que se dedicaban á las prácticas religiosas, para procurar ó conseguir, sino en todo, en una gran parte el salvar á la humanidad de los supuestos males con que á menudo se veía castigada, á causa de los muchos pecados que cometía, por no cumplir, ó por cumplir mal los deberes religiosos á que cada individuo debe someterse para *salvar su alma* de la condenación eterna ó temporal, por un tiempo más ó menos largo, en unos lugares de su invención, fundándose para ello en ciertos fenómenos terrestres que acontecían en determinadas épocas, y cuyos fenómenos eran las erupciones volcánicas y los terremotos, hasta que la ciencia dió con el verdadero origen y causas de estos cataclismos geológicos.

Es cierto que existen todavía algunas enfermedades, cuya causa ú origen está por conocerse, pero que la dicha causa ú origen llegará un día, tal vez no lejano, de su descubrimiento, y desde aquel entonces se tratará de dar así mismo también con el remedio que les convenga para su curación, pues uno y otro se apoyan, y no tienen más remedio que apoyarse en las propiedades, en los atributos, en los caracteres en que participa la materia, sin los cuales ésta dejaría de ser lo que es, es decir la nada, y como la nada, ni existe, ni pueda existir, ni tampoco ha existido nunca, sino la materia, aún cuando de distinta manera que lo es en la actualidad, y cuyo estado era el de radiantes y con una grandísima elevación de temperatura, debido á su intensísimo movimiento vibratorio, pues ya sabe todo el que haya estudiado física que el movimiento engendra ó produce calor.

En fin, por no ser más pesado, dejo la pluma, pero ya continuaré en otra ocasión.

FELIX DE UNAMUNO

S O F I S M A S

Cuando nosotros, en nuestra diaria y fecunda labor sociológica de educación social y de crítica severa de todo lo vetusto y capcioso, llegamos á la demostración razonada y serena de lo absurda, anticientífica é injustificada que resulta la explotación que el «capital, efecto del trabajo», realiza sobre las masas proletarias y productoras, apoyándose en sofísticas afirmaciones sentadas por Turgot, Smith y Ricardo, verdaderos verbos de la

Economía política, los señores burgueses honorables y cuantos, sin ser burgueses en la acepción genuina de la palabra, se dedican «profesionalmente» á la defensa de las actuales instituciones, suelen salirnos al paso aseverando donosamente «que no es explotar á los obreros repartir equitativamente los beneficios de la producción y del trabajo entre trabajadores, contratistas y capitalistas».—«No es ejercer explotación—afirman los avisados defensores del capitalismo;—no es explotar detentadoramente las fuerzas del trabajo ajeno repartir los productos de la producción general entre patronos y obreros, porque el capital es un factor enérgico de progreso, sin el cual no hay producción ordenada posible. Y además—prosiguen—porque corriendo el capital, como desde luego corre, «un riesgo positivo é inminente al ser invertido en empresas de trabajo de éxito dudoso, debe el capital cobrar una prima que le permita resarcirse justamente del peligro corrido, para aumentar su potencia reproductora y ponerse así á cubierto de ulteriores y siempre posibles contratiempos».

Pero nosotros que no nos alimentamos de sofismas, que aceptamos la utilidad creadora del capital, pero en ningún caso la del capitalista, que para nada sirve ni hace falta en el mundo de la producción y del trabajo; nosotros que sabemos muy bien á qué atañemos en todo cuanto, directa ó indirectamente, se relaciona con las cuestiones económico-sociales, nosotros, no podemos aceptar como buenos tamaños razonamientos descabellados.

No; el hecho de que el capital corra un riesgo, más ó menos inminente y probable, al ser imprudentemente empleado por la torpe avaricia mesocrática en industrias y negocios de éxito problemático é inseguro, no es, no puede ser razón bastante poderosa para justificar la «retención» por parte de los capitalistas y para su medro exclusivo de casi la totalidad de cuanto producen los brazos del obrero, origen positivo de todo valor, cultura, felicidad, civilización y riqueza.

Dígalo quien lo dijere, nadie podrá jamás convencernos de que el capital, que se apropia para sí bonitamente «los cuatro quintos de los beneficios de la producción general», no sea el injusto explotador del trabajo.

Será cierto, tan cierto como se quiera, que el capital corra un riesgo cuando es inhábilmente invertido en empresas temerarias; pero el hecho de existir «un peligro», no justifica, ni justificará nunca, la brutal explotación que el propietario y el contratista ejercen sobre el obrero, á quien tienen esclavizado, sumido inhumanamente en las tristes insensibilidades de la irracionalidad mecánica y precaria.

Lo único que, en realidad de verdad, demuestra ese «riesgo» corrido por el capital y en cuyo nombre procuran los señores economistas justificar la explotación del hombre por el hombre, es la ignorancia, la crasa ignorancia ruinosa y perturbadora de los capitalistas. No saben precaverse prudentemente contra los contratiempos de la bancarrota y quieren echar sobre los hombros del pueblo obrero todas las consecuencias de su torpe inhabilidad procurando justificar, bajo el pomposo nombre de «intereses legítimos», la desenfundada explotación que ejercen sobre el trabajo proletario. Proceden así cuando es evidente que, más eficaz y beneficioso para el fomento del bienestar social humano, resultaría hacer desaparecer de cuajo la causa permanente de toda crisis económica pauperizadora, regulando la producción en armonía con las necesidades del consumo; procurando que cuanto se produzca pueda ser inmediatamente aplicado á la satisfacción de las necesidades, sin que nadie en el mundo carezca de cosa alguna necesaria al desarrollo de su existencia, mientras haya en los almacenes productos que consumir; perfeccionando la organización de la industria y del trabajo, y convirtiendo, en

... nin, la sociedad en un ejército de productores, libres para trabajar y consumir, hermanados por el amor y por la solidaridad fraternal.

*
* *

En su crasa ignorancia de ambiciosos frenéticos, sin tener en cuenta para nada los prudentes consejos de la estadística ni hacer caso de raciocinio alguno que pueda relacionarse, directa ó indirectamente, con la buena ó mala marcha de los negocios, cegados por el egoísmo, por el «más ganar», ignorando las más de las veces la demanda general, sin compulsar nunca, serena y razonadamente, las necesidades y exigencias del gran mercado universal, cada industrial tira por su lado, cada fabricante produce á la ventura, á tontas y á locas, sin reflexión, descabelladamente, en fin. Y luego, claro está, tratan de dar salida á sus productos como pueden, de venderlos á todo trance, haciéndose unos á otros una concurrencia desatinada, ruinosa y suicida.

De ahí, de esa concurrencia loca, de ese frenético desbarajuste en las leyes de la oferta y la demanda, de ahí vienen todos los grandes desastres económicos; las tremendas crisis industriales, comerciales y financieras; la bancarrota de unos patronos sirviendo de pedestal para el encumbramiento de otros; los terribles paros, en fin, que llevan el hambre y la muerte al seno de las muchedumbres proletarias.

Los obreros, no obstante no tener arte ni parte en la desgraciada generación de tales fenómenos económico-sociales, son, naturalmente, los que más dura y directamente padecen las atroces consecuencias de esas espantosas crisis producidas por la ambición inhumana y la estulta torpeza de los capitalistas.

¡Y quieren, todavía, los señores economistas justificar la explotación del hombre por el hombre, asegurando *que es justo y razonable* que el capital, por hallarse expuesto á quiebras y contratiempos eventuales, se lleve y apropie para sí la mayor y mejor parte de cuanto el trabajo produce!...

No; lo justo, lo razonable y lo humano es que el capital y la propiedad, bajo todas sus formas y múltiples manifestaciones, pasen á ser convertidos en elementos comunales de vida puestos libremente al servicio de la Humanidad.

El hombre laborioso, trabajando, moviendo incesantemente sus miembros y poniendo en actividad constante su cerebro, crea el capital para servirse de él como de factor energético de ayuda y engrandecimiento progresivo, redentor y civilizador. El hombre laborioso debe, pues, explotar y poseer el capital. Pero, digan lo que quieran los que piensan con Turgot, Smith y Ricardo, y hasta con el propio Malthus, no es lógico, justo ni, por tanto, tolerable, que el capital, producto natural del trabajo, explote y esclavice al hombre trabajador, como lo explota y esclaviza en la actualidad y casi desde que el mundo es mundo.

DONATO LUBEN

Doctrina naturista

(CONCLUSIÓN)

El Comercio, ó especulación sobre lo artificial, ha engendrado el interés, depravado al individuo y abierto la lucha.

Al emprender el tráfico de su producción, es cuando se manifiesta en el hombre un sentimiento especial, sentimiento nacido de su individualismo y que toma su fuente en el instinto de conservación.

No siendo nada perfecto, en el sentido de un individuo, sino su propio individuo, todo lo que de él emana adquiere á su juicio un valor superior á cualquiera producción extranjera.

Esto es por lo que dos artesanos al cambiar sus productos tendrán dificultad al establecer la equivalencia. Esta situación dará siempre lugar á un debate fértil en enumeraciones, en apreciaciones, en sutilidades de toda clase.

Inevitablemente uno de los dos contratantes se verá siempre lesionado, ya que el objeto adquirido no represente realmente una suma de ingenio y una perfección iguales al otro, ya que él haya conservado juiciosamente ó no la convicción de que su obra tenía mayores méritos que la cambiada.

Prodúcese ya un malestar entre las relaciones interindividuales, y este malestar se manifiesta prontamente en furor, en violencias, en odio, cuando uno de los tratantes, por necesidad imperiosa de cambiar el fruto de sus labores (*consecuencia del ejercicio de una profesión única*), se encuentra de bueno ó mal grado, en el caso de acertar las pretensiones y condiciones del otro.

De esto nacerá la idea de represalias, y si esta satisfacción escapa habrá resentimiento, y éste será, según el temperamento ó la situación del individuo, guerra abierta ó guerra sorda.

Entonces es cuando entrarán en fuego la fuerza y la astucia.

El progreso material es el fruto de la esclavitud.

Privado de sus derechos legítimos á los bienes naturales y colocado en la obligación de adquirirlos á cambio de una suma de trabajo determinado ó más bien impuesto, el hombre ha tenido que elegir la industria más compatible con sus facultades. Estando ligada su condición de existencia á la medida de su producción, se ha dedicado al estudio de un trabajo único, á adquirir la soltura de mano y no ha tendido en seguida más que á un resultado, á la ejecución rápida.

Por lo tanto, su función se ha hecho mecánica, sus movimientos uniformes, su postura siempre la misma. Estando sometidos á la actividad ciertos músculos suyos, mientras que otros conservaban la inmovilidad completa, el vigor se concentraba en los órganos activos con detrimento de los otros. El equilibrio de las fuerzas corporales, quedaba, por consiguiente, roto.

El cuerpo humano, tan vario en sus partes y cuya estructura está tan maravillosamente ordenada, puede ser sometido á la diversidad de posturas, de movimientos, de actos, pero sin postura prolongada, porque de otra suerte se producen desórdenes, tales como

la desviación de la columna vertebral en los esportilleros y los sirgueros, el desarrollo monstruoso de las vísceras intestinales en los empleados ú obreros constantemente sentados, los calambres intusos de los zapateros, sastres y escritores, etc., etc.

No solamente cada profesión es susceptible de desórdenes patológicos, sino que hay otras que son inmediatamente peligrosas hasta el punto de que el más elemental sentimiento de humanidad debería prohibir la práctica; tal la fabricación de cianuro, del minio, del albayalde y de otros mil productos que necesitan el empleo de materias cuyo contacto no puede afrontar el organismo. Se contestará con las *necesidades* del progreso... ¡muy bonito!—Por de pronto hay muchas cosas llamadas del progreso que no son de ningún modo *necesidades*.—Y si la degradación del cuerpo humano es la condición del embellecimiento de la materia, se pregunta uno en dónde está el progreso.

Sería interesante saber lo que piensa de esto el individuo obligado por el hambre á la ejecución de un producto no indispensable y que ve abrirse su piel, caer sus cabellos, sus dientes, sus uñas, que siente carearse sus huesos, taladrarse sus pulmones, corromperse su sangre, cuando experimenta todas las angustias del debilitamiento y del aniquilamiento de su ser.

Si los que no pueden prescindir del progreso establecido á ese precio tuviesen que ejecutarlo ellos mismos, no hay duda de que sería pronto abandonado.

Precisamente, en razón de los lados peligrosos, perniciosos y enojosos que presenta, es por lo que el llamado progreso no tiene por artesanos sino los desgraciados desposeídos del derecho natural de caza y recolección y sometidos ahora á la ley de la labor para la vida. Ciertamente, el hombre está constituido para la actividad, que además le es saludable. Está en el caso de moverse para subvenir á sus necesidades. En el estado natural, caza, prepara su abrigo, confecciona sus trajes, sus armas. Se entrega á los ejercicios de fuerza y de habilidad, y esto le constituye una conveniente gimnasia; pero de esto á realizar la función industrial hay que convenir en que existe una gran distancia.

Esto es de tal modo evidente, que todo individuo, seguro de su alimentación, de su alojamiento y de su traje, es absolutamente desconocido en la mina, en la fábrica y en la cantera.

Se citará constantemente el ejemplo de Luis XVI cerrajero; pero si este monarca, para tener metal que forjar hubiera tenido previamente que extraerlo él mismo de la mina, fundirle en el horno y colarle en barras, seguramente se hubiese contentado con hacer cestas.

Las instituciones y condiciones sociales, están en antagonismo con las leyes de la fisiología humana.

El estudio de este punto entrañaría un desenvolvimiento muy extenso; pero el espacio, muy restringido aquí no permite más que designaciones.

Nos limitaremos, pues, á citar, en contradicción con el estado natural del hombre, todo lo de independencia material y moral.

El acaparamiento del suelo, consagrado bajo el nombre de propiedad, que trae la ley del trabajo forzado para los desposeídos; las leyes coercitivas para los refractarios á esa condición; el servicio militar, período anormal en la vida de los jóvenes en pleno vigor; la reclusión temporal ó perpétua para los indómitos; el celibato voluntario por prejuicios; el matrimonio de conveniencia; el derecho marital; la autoridad paterna y el derecho de servicios; el estudio escolar para los niños antes de la edad de la pubertad; la jerarquía; la etiqueta; el servicio doméstico, etc., etc.

No hay buenos ni malos instintos en el hombre; hay satisfacción ó contrariedad de los instintos.

«Todo lo que sucede es un hecho ó efecto».

«Todo efecto tiene una causa».

«Toda causa tiene un origen».

Así ha sucedido en toda época, y este hecho bastaría para destruir la versión «de los instintos feroces y sanguinarios del hombre primitivo».

El hombre es impulsado por diferentes *instintos* que le guían en la satisfacción de sus necesidades.

Tiene primero el *instinto* de la busca y de la posesión de las cosas que le son necesarias; tiene el *instinto* de actividad y de ingeniosidad; el *instinto* de abrigo y de reposo; el *instinto* de reproducción; el *instinto* de preservación y seguridad; el *instinto* de sociabilidad y el *instinto* de libertad.

La tierra es bastante vasta y su producción natural bastante abundante para permitir á la humanidad entera la completa satisfacción de sus necesidades materiales.

La totalidad puede vivir á gusto sin que la unidad sea perjudicada ó incomodada. La riqueza y la variedad de los productos terrestres apartan la necesidad de administración y por consiguiente de jerarquía, y la armonía se establece á condición de que todo esté á la disposición de todos.

Este es el estado natural, la situación normal.

En el estado natural, el hombre que caza los animales y recoge plantas y frutos para su alimentación, no hace más que obedecer al *instinto de conservación*. Es un acto racional. No estando jamás privado de alimento y seguro de tenerlo constantemente, come con medida, guiado en esto por su grado de apetito.

Si desea confeccionar armas, utensilios, un traje, tiene á la mano todos los materiales; y como esos objetos los hará á la medida de su fuerza, de su comodidad, de su talla, nadie los ambicionaría.

¿Le place recrearse con el canto, el baile, los ejercicios corporales?

Como no depende más que de sí mismo y no incomoda á nadie, obrará con toda libertad. Si quiere también practicar otras artes, pintar ó modelar, la naturaleza suministra las primeras materias, su ingenio y su talento hacen lo demás, pues el sentido artístico, dígase lo que se diga, es una emanación puramente natural.

Tras las justas, la danza ú otro juego, si su sangre está caldeada, su epidermis sudosa ó ardorosa, va por *instinto* al baño que le refresca purificándole.

¿Quiere descansar? Tiene un abrigo propio, que nadie le disputará, pues igualmente poseen uno todos sus semejantes.

¿Aspira, en fin, al amor? Tomará la compañera que haya sabido conquistar, no por la violencia (el rapto, la violación, el *matrimonio de conveniencia*, siendo menos fáciles y más raros que en el estado civilizado y la prostitución por miseria absolutamente desconocida), sino por atracción, pues la mujer libre tampoco tiene que sufrir ninguna violencia.

Y esta libertad de la mujer y del hombre, establecida por la profusión de las cosas materiales, garantiza la evolución regular del amor: porque, á despecho de todas las prescripciones, instituciones y denominaciones civilizadas, el amor es un apetito como cualquier otro, que realiza una evolución y pide la variedad.

Tras las emociones preliminares, se efectúan la posesión mutua, el ardor creciente, el paroxismo, el decrecimiento y la saciedad; fases todas que sobrevienen simultáneamente

y que acarrearán después de una unión de duración indeterminada un apartamiento recíproco sin desgarramientos y sin odio.

La progenitura resultante de estas aproximaciones no constituye ni un estorbo ni una cadena para los separados, por proveer la naturaleza á las necesidades de todos; y la mujer que, *instintivamente*, ha conservado los hijos pequeñuelos, puede tomar un nuevo compañero sin que éste pueda considerarlos como una carga.

¡No hay hijastros en el estado natural!

No hay tampoco inyecciones disolventes, ni abortos, ni abandonos de hijos, porque no hay ni desvergüenza, ni depravación, ni deshonor en el acto maravilloso de la procreación.

Pero ahora, en lugar de ese estado normal de cosas, con lógicas y felices consecuencias (pues los instintos están satisfechos), estamos regidos por el ESTADO SOCIAL CIVILIZADO, SALIDO DE LA PROPIEDAD DEL SUELO por una minoría.

Nadie ha demostrado todavía, y por causas, la legitimidad de esa institución, pero no por eso está menos establecida. Del establecimiento de esta iniquidad data el desarrollo que conocemos: la situación está completamente falseada, la cuestión humana salida de su eje gira en el error, y jamás, á pesar de todas las sutilidades empleadas, el error no engendrará la verdad.

Así, asistimos al curioso espectáculo de oír á seres constituídos como nosotros, declarar: que la hierba de los prados es de ellos, el agua del arroyo y la sombra de los bosques también; la carpa del estanque y el corzo de la maleza; de ellos siempre la roca de la colina y la arcilla del yacimiento. Y como ellos han tomado mil veces más que para sus necesidades, ocurre que la gran mayoría de los individuos está desposeída.

Por lo demás, aquí comienza para estos la civilización.

No tienen derecho á nada, y los dones de la naturaleza no les llegan sino bajo la forma de salario de un trabajo que han de ejecutar en provecho del poseedor del suelo. Muy á menudo también ese trabajo consiste en la caza, la pesca y la recolección de los productos *naturales*, de los que les abandonan como retribución algunas migajas. Esto es muy incoherente, pero es muy civilizado. En el caso en que, conscientes de su derecho á la vida y á la independencia, quisieran, sin condiciones y para satisfacer sus necesidades, apropiarse las cosas de la tierra, serían en seguida, la ley es formal, presos, juzgados y condenados por actos culpables perpetrados bajo el impulso de malos *instintos*.

Cortar ramas, extirpar piedras, arcilla, y construirse un abrigo en donde mejor le parezca á uno, es manifestar igualmente *malos instintos*, no teniendo así todo hombre derecho en la civilización al espacio necesario para abrigar su cuerpo.

Negarse á abandonarlo y romper la cabeza al importuno que quisiera obligaros á ello, os hace semejante á los primeros trogloditas—por haber obrado demasiado naturalmente—y se censurará ese acto de simple defensa, atribuyéndole á *instintos de violencia*.

El adolescente pobre y la joven rica, que sin acudir á la autoridad paterna ó á la Sociedad, obedecieran á la ley de atracción, serían acusados de *instintos perversos*. La indulgencia es mayor para prácticas que se establecen en los pensionados, los cuarteles, las penitenciarias y las prisiones, pues no corren riesgo la propiedad y los intereses.

Y porque se encuentran en la humanidad civilizada individuos sucios, groseros, borrachos ó inactivos, estas manchas han sido—candidez ó mala intención—inmediatamente atribuidas á los *instintos primitivos*.

En éxtasis ante la civilización, pocos psicólogos han ido al origen de la decadencia

comprobada en sus congéneres. Y, sin embargo, ¿qué tiene de extraño que generaciones de esclavos sometidos á la faena, mal albergados, mal vestidos y privados de medios de higiene, se hayan acostumbrado á la suciedad; que viviendo constantemente bajo la dominación y el oprobio, obligados á moverse como perros vagabundos y no teniendo contacto sino con los parias de su especie, carezcan de elegancia su lenguaje y sus maneras; que privados de vinos generosos y rara vez enfrente de una buena comida sean un poco glotones y borrachos un día de abundancia, y si se añade á esto el poco atractivo de tareas sórdidas extenuantes y mal retribuidas, que se siga una legítima aversión hacia el trabajo?

¡Pues bien, no! La moral civilizada, no queriendo hacer concesiones peligrosas para ella, atribuirá estos desfallecimientos á *instintos de suciedad, de embriaguez y de pereza*, negándose á reconocer que esas anomalías no se encuentran en ningún hombre ú otro animal en el estado libre.

Y ella nos muestra al hombre primitivo: labor, cuando nada podía excitar su codicia; borracho, cuando no tenía más que agua para beber; dominador, á pesar de la ausencia de jerarquía; violento y brutal, no obstante la carencia de todo motivo de irritación; y, aunque ignorante de las cuestiones de interés, rapaz, trapacero, espoliador é intrigante; ¿por qué no también ducho en tercerías, monedero falso y panamista, lo que no sería inconcebible?

La prostitución no existe en el Estado Natural.

Como la mujer tiene, al igual del hombre, el goce completo de los bienes de la tierra, posee también la misma independencia material y no obedece más que á sus impulsos.

En cuanto es núbil, experimenta la ley completamente natural de atracción, y si se entrega al hombre, no lo hace sino impulsada por deseos que incitan al acto de generación.

La causa principal de la prostitución en los países civilizados, *es decir en progreso*, es la miseria, la carencia absoluta de las cosas imperiosamente necesarias como el alimento y el abrigo.

Se produce á veces también, pero el caso es menos frecuente, por ^ocodicia de cosas de lujo creadas artificialmente, como trajes, adornos, dignidades sociales (!), cuyo valor ficticio consiste en su rareza (lo que implica que no pudiendo ponerse á la disposición de todos, determinarán siempre el sentimiento de la envidia).

Siempre hipócrita y mentirosa la sociedad civilizada (*extraña reunión de asociados, los unos repletos, los otros indigentes*) la sociedad, no queriendo reconocerse culpable para con la categoría de las prostituidas por miseria, les imputa inclinaciones á la lujuria, y, complacientemente, las ha denominado: *folles de leur corps* (locas de su cuerpo); ó *filles de joie* (muchachas de alegría). ¡Muchachas alegres, las desgraciadas! Id á preguntarles cuáles son las alegrías del tráfico que realizan, os responderán que la primera es no sentir hambre.

Pero en el estado natural, como no existe la miseria, la prostitución no puede existir por esa causa. Se ha citado en las relaciones de viajes á los países no civilizados el ejemplo de mujeres indígenas, entregándose á los visitantes por la posesión de objetos desconocidos: cintas, joyas, collares de vidrio. Si esto es exacto, es la mejor demostración de la influencia corruptora de lo artificial, y esas mujeres no se hubiesen prostituido por la adquisición de cosas naturales, teniéndolas suficiente y gratuitamente á su disposición.

La Humanidad busca la felicidad, es decir, la Armonía.

El sér humano tan perfectamente constituido y tan bien satisfecho en sus necesidades por la prodigalidad de la tierra, libre de cuidados materiales, no tiene aspiraciones sino hacia la alegría. Y puede desearla con la seguridad de poseerla y de sentirla constantemente si no se aparta del medio favorable en que la Naturaleza le ha colocado.

Ahora puede comprobar lo que le cuesta el haber querido *corregir* la obra de su productora, y con la sola tala del suelo el haber comprometido el orden establecido por largos siglos de formación.

Habiendo desarreglado el régimen del aire y de las aguas, vuelve á ver el caos inicial, el agua se mezcla de nuevo á la tierra por la inundación frecuente y el desmoronamiento de las montañas; su sér, su cuerpo, separado de su situación normal, aunque todavía animado por fluido vital, se descompone, y su carne sumeficada y rezumante expulsa, reconstituídas, las substancias minerales originales.

Pero el mal no es irreparable, porque la Naturaleza, esa fuerza suprema, continúa su obra creadora y reparadora; y la tierra recobraría pronto su maravilloso aspecto si el hombre quisiera reconocer su presunción y cesara de contrariar la marcha regular de la producción.

La Armonía para la Humanidad reside en la Naturaleza.

Por todas partes aparece esa armonía; en la división de los continentes y de los mares, en la disposición topográfica del suelo, en las altas montañas cuyas neveras, esos lugares de reserva naturales, alimentan de agua, en verano, los ríos más caudalosos; en las colinas y los valles que dan lado á lado y en la misma región producciones diferentes; en los árboles gigantes que son la protección de la abundancia del suelo y de los seres que de ella gozan.

Aparece en la diversidad de las formas, de los colores, de los perfumes y de los sonidos y en la disposición de los órganos de nuestro cuerpo que nos permiten percibirlos.

Es en verdad la condición de la vida humana. Que en la fauna y la flora, el fuerte devora ó aplasta al débil, ¿qué importasi el resultado es en beneficio del hombre? No es el momento de *hacer sentimiento* respecto de las plantas y de los animales; tengámoslo primero para nosotros mismos. Que baste comprobar que nosotros, seres privilegiados, no tenemos necesidad alguna de devorar á nuestro semejante para vivir y que es posible alcanzar un feliz resultado: la supresión de nuestros sufrimientos.

E. GRAVELLE

Desde el próximo 1.º de Agosto se publicará diariamente el semanario TIERRA Y LIBERTAD.

IMPRESA: PIZARRO, 16.



La Revista Blanca

SE PUBLICA LOS DIAS 1.º Y 16 DE CADA MES

Precios de suscripción: Un año, 5 pesetas. — Un trimestre, 1,50 pesetas.

Número suelto, 25 cts., con 25 por 100 descuento á los correspondientes.



Tierra y Libertad

~~~~~ **PERIÓDICO SEMANAL CON GRABADOS**

*Suscripción:* Trimestre, 1 peseta. Año, 4 pts.

*Número suelto, 5 céntimos. — Paquete de 30 ejemplares, 1 peseta.*

*Administración: Cristóbal Bordás, 1, MADRID*

